

Construir la paz desde el Caribe colombiano

Cáritas apoya a organizaciones sociales que defienden los derechos de jóvenes y mujeres vulnerables

Adela Zamora. Cáritas Española



Colombia vivió en 2016 un hecho histórico con la firma del Acuerdo de Paz entre el Gobierno y la guerrilla, que ponía fin a casi 60 años de conflicto. Una década después, la paz sigue siendo una quimera en la vida cotidiana de las comunidades más vulnerables. Y, en departamentos como Magdalena y La Guajira, en el Caribe colombiano, la violencia no terminó con el Acuerdo de Paz, sino que se ha fragmentado, ha adoptado nuevas formas y ha seguido afectando de manera persistente a quienes históricamente han vivido en los márgenes.

El círculo de la violencia

Así lo ha denunciado el padre Nelson Ortiz, director del Secretariado Nacional de Pastoral Social-Cáritas Colombiana, durante su visita a España:



«El acuerdo ha sido muy beneficioso para Colombia, pero no ha traído la paz completa. En algunas diócesis, como Santa Marta y Riohacha —dentro de los departamentos antes mencionados—, la violencia ha mutado y ahora hay una serie de grupos armados llamados “disidencias” que se han sumado a las guerrillas, paramilitares y demás colectivos que siguen azotando nuestro país».

Nelson Ortiz | *Director del Secretariado Nacional de Pastoral Social- Cáritas Colombiana*

Estos grupos, vinculados al narcotráfico y otras actividades ilícitas, luchan por el control del territorio, lo que se traduce en violencia, amenazas a líderes comunitarios, miedo cotidiano y desplazamientos forzados de aldeas enteras.

Cáritas y la construcción de paz

En este escenario, Cáritas Colombia ha optado por una estrategia de construcción de paz y reconciliación desde lo local, centrada en la participación ciudadana y el fortalecimiento de organizaciones de la sociedad civil surgidas en contextos de exclusión. Se trata de acompañar a las comunidades para que puedan organizarse, participar y reclamar sus derechos, que siguen siendo vulnerados.

«La paz no es solo la ausencia de guerra», subraya el padre Nelson. La paz implica justicia social, dignidad humana y garantía de derechos. Es un proceso que se construye desde abajo, reforzando el tejido social, la participación ciudadana y las organizaciones de base como actores legítimos de la vida democrática.



Cáritas Española y las Cáritas Diocesanas de nuestro país acompañan a Cáritas Colombia en este proceso desde la década de los ochenta; un acompañamiento que se ha intensificado en los últimos años.

Un ejemplo es el proyecto que se desarrolla en las diócesis de Riohacha y Santa Marta con el apoyo de la Generalitat Valenciana, a través de Cáritas Alicante, y la colaboración de Cáritas Valencia y Cáritas Segorbe-Castellón. Se trata de una iniciativa que busca fortalecer diez organizaciones sociales que defienden los derechos de colectivos vulnerables, como los jóvenes en exclusión y las mujeres campesinas, afrocolombianas e indígenas.

Trabajo con los jóvenes

Esta región del Caribe colombiano vive una violencia atravesada por múltiples factores, como «la delincuencia, la falta de oportunidades laborales y de educación, la corrupción y la unión entre cargos políticos y el narcotráfico», según

cuenta Dayana Ibarra, líder de Arte Somos, una de las asociaciones juveniles apoyadas por Cáritas.



«En Riohacha hay delincuencia común, guerrillas urbanas y paramilitares, y todos estos grupos intentan atraer a jóvenes y adolescentes pobres que ven esa forma de vida como la única manera de lograr estabilidad económica para ellos y para sus familias», explica Dayana.

La Fundación Arte Somos intenta ofrecer otras alternativas a los jóvenes —que son el 65 % de la población de esta diócesis— desde el arte y la cultura. «A través de la danza brindamos a adolescentes, niños y jóvenes un espacio seguro para expresar sus emociones, fortalecer su identidad cultural y desarrollar habilidades de convivencia y respeto por la diversidad», añade Dayanara.

Precisamente el respeto a la diversidad y la tolerancia son aspectos clave en el trabajo de las asociaciones que apoya Cáritas porque, en este territorio pluriétnico y multicultural, la discriminación agrava aún más la exclusión. «Hay mucho racismo en nuestra diócesis», señala Dayanara, en referencia a la estigmatización que sufren las personas afrodescendientes y los pueblos indígenas. A ello se suma la situación de la población migrante venezolana que vive en la región en condiciones de alta precariedad y con acceso limitado a derechos básicos.

Con todos estos colectivos vulnerables trabajan las diez organizaciones participantes en el proyecto de Cáritas —seis de mujeres y cuatro de jóvenes—, que agrupan a 3.000 personas y que han beneficiado a más de 10.000 residentes en cinco municipios de las diócesis de Santa Marta y Riohacha.

Hoy, las líderes campesinas dialogan directamente con las autoridades locales; los jóvenes participan en el seguimiento de los presupuestos municipales, y la organización de mujeres afrocolombianas e indígenas ASOFRONELMAN ha logrado



Cáritas

un reconocimiento sin precedentes para participar en procesos de memoria histórica y en los presupuestos del 500º aniversario de Santa Marta. Son pequeños pasos hacia la transformación social, pero que dejan huellas significativas en el territorio.